

Vitrinas del mundo académico: Las revistas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre 1946-1966

Shop Windows in the Academic World: The Journals of the Faculty of Philosophy and Humanities at the University of Buenos Aires between 1946 and 1966*

Rosana Guber
Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) - CONICET
guber@arnet.com.ar

Martha Rodríguez
Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”/UBA
mrod@fibertel.com.ar

Abstract

In this paper we analyze the relationships between national politics and academic policy as mirrored in some of the most important academic journals belonging to the Faculty of Arts at the University of Buenos Aires, from 1946 to 1966: i.e. *Logos* (Philosophy), the *Boletín del Instituto de Sociología* (Sociology), the *Boletín del Instituto de Historia Argentina* (History), and *Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre* (Anthropology). While it was a time of exclusion, the aforementioned period was also a moment of great significance because of the processes of academic and professional reorganization taking place. Not only did these processes bring about great innovations in personal careers and in academic institutions, they were also crucial for the national and international projection of the people concerned.

Key words

Academic journals, university, intellectual field, Peronism, Anti-Peronism, intellectuals.

* En sus orígenes esta investigación formó parte del trabajo desarrollado por las autoras en el marco del proyecto: Las “crisis” y el desarrollo de las ciencias sociales en la Argentina: los casos de la antropología, la economía y la sociología, 1955-2001, subvencionado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica - PICT 10803, con sede en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y dirigido por el Dr. Mariano Plotkin.

Resumen

En este artículo se analizan las relaciones entre la política nacional y la política académica reflejadas en algunas de las más importantes revistas académicas pertenecientes a la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre los años 1946 y 1966. A saber, *Logos* (Filosofía), el *Boletín del Instituto de Sociología* (Sociología), el *Boletín del Instituto de Historia Argentina* (Historia) y *Runa, archivo para las ciencias del Hombre* (Antropología). Si bien el citado período fue un tiempo de exclusiones, también fue un período de gran importancia dados los procesos de reorganización académica y profesional que tuvieron lugar. Estos procesos no sólo trajeron importantes innovaciones en las carreras personales y en las instituciones académicas, sino que también fueron cruciales para la proyección nacional e internacional de sus protagonistas.

Palabras claves

Revistas académicas, universidad, terreno intelectual, peronismo, antiperonismo, intelectuales.

La estrecha articulación entre universidad y política es ya un lugar común historiográfico y, por lo tanto, resulta imposible de obviar en los análisis del mundo intelectual latinoamericano, en general, y del argentino, en particular. El impacto de las crisis políticas de la segunda mitad del siglo XX en el medio académico suelen presentarse ya desde el golpe de Estado liderado por Juan Carlos Onganía en 1966, y especialmente a partir de la dictadura militar iniciada con el golpe de Estado de 1976, como demasiado directo y unívoco. Sin embargo, las imágenes en blanco y negro pueden matizarse si posamos la mirada en las vitrinas mismas del sistema universitario.

Las revistas académicas suelen presentar con matices asombrosos los avatares que las casas de altos estudios debieron atravesar en esos períodos, y lo hacen refiriendo los sucesivos realineamientos de la vida universitaria en sus aspectos sustantivos – contenido de sus artículos y prefacios, secciones y títulos –, formales y organizativos. Así como no traducen inmediatamente los avatares políticos nacionales, ni los político-universitarios, tampoco les son completamente ajenos. Las formas en que se expresan corresponden a varios factores que hablan, a la vez, del lugar que academia y académicos asignan a su producción en la sociedad, y de cómo conciben que ese lugar debiera preservarse a través del tiempo.

Si el conocimiento científico supone un carácter menos transitorio que, por ejemplo, la crónica periodística y el ensayo coyuntural, las publicaciones académicas canalizan dicho

conocimiento desde la organización y la política institucional. Dado que hasta 1958 las únicas universidades que existían eran públicas, sus revistas ofrecen un sitio adecuado para examinar la articulación entre instituciones políticas, universitarias y producción académica.

Las revistas académicas producidas en el marco de las universidades públicas han recibido menor atención que aquellas originadas en grupos independientes de opinión y cuyo margen de acción radica en su relativa autonomía doctrinaria y presupuestaria de los gobiernos de turno y de toda otra autoridad que no sean sus propios miembros.¹

Al margen de las expresiones más crudas de la censura -requisas, confiscaciones, clausuras-, la interferencia político-ideológica sobre los contenidos y perfiles de las revistas académicas se manifestó, más bien, por vías indirectas, obedeciendo, precisamente, a las particularidades que tales revistas ostentan en el mundo intelectual, en tanto órganos de instituciones universitarias. La primera particularidad es que las revistas académicas producidas desde el ámbito de las universidades dependen de y representan a instituciones consolidadas en el mapa intelectual, de manera que su continuidad es o debiera ser en cierto modo previsible. La revista universitaria no se ajusta estrictamente al mercado y a la suscripción, sino a la dinámica de organismos estatales dedicados a la tarea intelectual. La segunda particularidad es que las revistas académicas se abocan a presentar la producción de las disciplinas que componen la institución denotando, al menos en las intenciones, cierto distanciamiento de la coyuntura. Por la propia dinámica de la investigación científica, sus colaboradores y sus directores esperan configurar un campo disciplinario con sus propias agendas teóricas, temáticas y metodológicas, en un horizonte más longevo que el que imponen los avatares de la esfera política nacional e, incluso, de la universitaria.

En tercer lugar, las revistas académicas son el sitio de consagración de sus autores en tanto académicos, de manera que el prestigio que ellos obtienen por asomar en sus páginas depende en buena medida del prestigio o “seriedad” de la publicación. Dos son los criterios más comúnmente esgrimidos para tal ponderación: la periodicidad o regularidad previsible de la aparición según el carácter auto-adjudicado por la revista (trimestral, semestral,

¹ En las últimas dos décadas han florecido investigaciones cuyo objeto de estudio son publicaciones periódicas, en general independientes, de distinta procedencia, continuidad, estilo y temática. Por citar sólo algunos ejemplos pueden consultarse: J. King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970* (México: FCE, 1989); M.S. Leoni de Rosciani, “Las revistas históricas fuera del ámbito académico,” *Clio*, 4 (1997): 111-120; S. Sosnowski (ed.), *La cultura de un siglo. Latinoamérica en sus revistas* (Buenos Aires: Alianza, 1999) (compilación que reúne treinta trabajos sobre diversas publicaciones, discutidos en un encuentro convocado al cumplirse los veinticinco años de la revista *Hispanamérica* en 1997); D. Quatrocchi Woisson y N. Girbal, *Cuando opinar es actuar* (Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1999) (compilación que reúne artículos sobre publicaciones periódicas de alineación política entre 1930 y 1970, como *Claridad*, *Hechos e Ideas*, *Realidad*, *Criterio*, etc.); y N. Vidal, *La construcción de la legitimidad editorial* (Buenos Aires: Prometeo, 2007). Las revistas académicas producidas en el marco de las universidades han sido menos estudiadas aunque pueden citarse, entre otros: M.C. Pompert de Valenzuela, “Un siglo de revistas históricas. Las revistas universitarias 1900-1950”, *Clio*, 4; D. Pereyra, “Las revistas académicas de sociología. En la Argentina. Racconto de una historia desventurada,” *Revista Argentina de Sociología*, año 3, 5, (2005): y 285-293; M. Palamidessi y R. Devetac, “Las revistas académicas en educación, 1990-2003,” *Archivos de Ciencias de la Educación*, 1 (2007): 131-158.

anual), y la calidad científica. La primera debiera estar garantizada fundamentalmente por la institución que representan; la segunda deben asegurarla su director/a, el comité consultivo o editorial, y un cuerpo de pares que evalúan las presentaciones de los autores. Así, la legitimidad de una revista y el beneficio que los colaboradores obtienen de publicar en sus páginas es, en cierto modo, un poder delegado de la institución en sus mediadores. Dicha legitimidad se refuerza con la circulación de sus volúmenes por lectorados académicos y extra-académicos, con la presencia de otras academias nacionales y extranjeras en sus artículos y reseñas, bibliografías, debates y noticias, y se instala a través de vastos sistemas de distribución o intercambio entre las bibliotecas.

En suma, las revistas académicas se presentan como un mundo social de cierta complejidad donde se dan cita factores políticos, económicos y tecnológicos, entramados por la razón científica que se manifiesta en los aspectos sustantivos de sus páginas. Cierta carácter reflexivo acaso se revela en su capacidad de constituir y consagrar campos y arenas, temáticas e intereses, autores y colaboradores, produciendo agendas y al mismo tiempo la investidura misma de aquéllos encargados de concretarlas -i.e., investigadores y autoridades, nombres denostados y/u olvidados-. En este sentido, se asemejan a lentes multifocales que abarcan y delinear personalidades y lenguajes, objetos de conocimiento y modas teóricas, tradiciones e innovaciones. Desde su especificidad, iluminan un aspecto constitutivo de sus respectivos campos, como fotografías en movimiento de interlocuciones entre quienes las crean y recrean, las administran y conducen, las escriben y las leen.

En esta presentación examinamos estos rasgos de las revistas académicas producidas por las universidades, como una vía de acceso al estudio de la dinámica de los campos académicos y su relación con los cambios políticos. Para ello analizaremos la revista *Logos*, el *Boletín del Instituto de Sociología*, el *Boletín del Instituto de Historia Argentina*, y la revista *Runa, archivo para las ciencias del Hombre*, todas ellas editadas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El período que elegimos para encarar esta aproximación está signado en la literatura como un lapso de advocaciones fuertes y casi excluyentes, de purgas en nombre de la causa nacional y la grandeza de la nación (entre 1946-1955) o en nombre de la ciencia, la verdad y la democracia (después de 1955). Remitimos así, comparativamente, a aquella “edad de oro”, como se llamó a la universidad argentina entre 1955 y 1966, iluminada por la razón aunque precedida por un sangriento golpe de Estado que clausuró la experiencia peronista iniciada una década antes.²

² Para un análisis del mundo académico y de la cultura en este período pueden consultarse la ya clásica obra de T. Halperín Dongui, *Historia de la Universidad de Buenos Aires* (Buenos Aires: Eudeba, 1962); S. Sigal *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta* (Buenos Aires: SXXI de Argentina, 2002) (1er ed. 1991); F. Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo* (Buenos Aires: Alianza, 1998); B. Sarlo, *La batalla de las ideas 1943-1973* (Buenos Aires: Ariel, 2001); P. Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas* (Buenos Aires: Sudamericana, 2005); M. Murmis, “Sociology, Political Science and Anthropology: Institutionalization and Internationalization in Argentina,” *Social Science Information*, SAGE publications, 44, (2005): 227-282; V. Noè, *Utopía y desencanto. Creación e institucionalización de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires 1955-1966* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2005); y A. Blanco, *Gino Germani: La renovación intelectual de la sociología* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmas/Prometeo, 2006). F. Fiorucci, *Intelectuales y peronismo 1945-1955* (Buenos Aires: Biblos, 2011).

Esos quiebres se extendieron a toda la Argentina, pero en la universidad de Buenos Aires se vertieron con especial riqueza y urgencia, especialmente en la Facultad de Filosofía y Letras. Filósofos, historiadores, geógrafos, antropólogos y gente de letras, pero también los “recién llegados” educadores, psicólogos y sociólogos debieron posicionarse por mención u omisión, en la tarea de caracterizar y explicar el fenómeno peronista y el advenimiento de la nueva etapa.³

En esta línea nos proponemos mostrar que las revistas académicas que editaba la Facultad de Filosofía y Letras reflejan de distintos modos, a veces demasiado elusivos, la discontinuidad política nacional y político-académica. Ello es por demás llamativo dado que esa Facultad fue escenario de varias purgas académicas por las que veintiocho profesores titulares y adjuntos terminaron separados de sus cargos entre 1946 y 1947, y en sentido contrario, fue testigo silencioso de duras impugnaciones a las presentaciones a concurso de una gran cantidad de profesores tildados de simpatizantes “del tiránico régimen depuesto” en el masivo llamado a concursos de 1956.⁴

Del desembarco peronista a la explosión (anti-peronista)

Desde la década de 1940, y más específicamente desde la llegada del peronismo al poder, la política irrumpió en el mundo académico creando adhesiones y disidencias, e introduciendo nuevos clivajes. Las universidades se convirtieron en uno de los bastiones de la lucha contra el peronismo. Por lo menos durante esa década las casas de altos estudios fueron de los pocos espacios desde donde profesores y sobre todo alumnos se expresaron con huelgas y manifestaciones en contra de la política educativa y cultural del régimen peronista.

Desde el golpe militar de 1943 la mayor parte de las universidades había estado intervenidas, con los consiguientes límites a la libertad de cátedra. A pesar de la primavera normalizadora de 1945 -de sólo unos meses previo a que entraran en conflicto el gobierno, la Federación Universitaria de Buenos Aires y varios miembros del cuerpo de profesores-, la tenaz resistencia a Perón declarada por parte de las universidades llevó al poder ejecutivo a mantener una política intervencionista que incluía la remoción y la renuncia forzada de parte del personal, sin claro ni estricto fundamento académico.⁵

En el caso de la Facultad de Filosofía y Letras, donde trabajaban como docentes e investigadores muchos de los intelectuales más prestigiosos del país, las cesantías y las

³ Las carreras de Sociología, Ciencias de la Educación y Psicología comienzan a dictarse en la Facultad de Filosofía y Letras en el año 1957.

⁴ En marzo de 1947, el interventor E. Françoise elevó al rectorado una nómina de los profesores que habían cesado en sus funciones por renuncia, cesantía o jubilación de oficio, en total eran veintiocho.

⁵ Para una descripción detallada de las intervenciones a las Universidades, los movimientos en la plantilla docente, los controles del poder ejecutivo y la resistencia de profesores y estudiantes, remitimos a: T. Halperín Donghi, “Crisis en la Nación, crisis en la Universidad,” en *Historia de la Universidad de Buenos Aires*; C. Mangone y J. Warley, *Universidad y Peronismo* (Buenos Aires: CEAL, 1984), 24-39; M. Toer (coord.), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, Vol I (Buenos Aires: CEAL 1988); y P. Buchbinder, *Historia de las universidades*.

renuncias causadas por presiones de la intervención privaron a la Universidad de Buenos Aires de algunos de los historiadores, antropólogos, filósofos y escritores más reconocidos.⁶ Las consecuencias para los intelectuales afectados fueron acaso más graves que para quienes se desempeñaban en las facultades ligadas a las llamadas “profesiones liberales”, como Derecho o Medicina. Los graduados de Filosofía y Letras sobrevivían fuera de ella ejerciendo la docencia secundaria y terciaria, un recurso bastante habitual que convivía con la docencia universitaria. Sin embargo, su alejamiento de la Facultad los privaba de los fondos necesarios para realizar investigaciones que, a diferencia de los Estados Unidos o Gran Bretaña, eran una labor financiada casi exclusivamente por entidades públicas.⁷ Esto pudo verse reforzado por otros dos fenómenos distintos aunque paralelos y acaso convergentes. Por un lado, al no disponer de fondos para la investigación se tornaba más difícil difundir los resultados de sus trabajos y participar en actividades académicas; por otro lado, caer en desgracia en la academia implicaba generalmente el rechazo implícito por parte de los comités editoriales, cuyos miembros preferían disimular admiraciones y simpatías en vez de ser gravemente observados por publicar materiales de un personaje “inconveniente”.

La intromisión de la política nacional en la vida universitaria era un elemento inédito e intolerable para una institución que, en general, había subrayado su pluralismo y su respeto por el disenso. Buena parte de la constitución de un polo intelectual fuertemente antiperonista tuvo que ver con estas campañas desplegadas por el gobierno respecto a las instituciones del campo intelectual.⁸

Sin embargo, paradójicamente, el gobierno intentaba “despolitizar” a la universidad, buscando desarticular la oposición al gobierno que se gestaba en estas instituciones. Conforme al primer plan quinquenal, el poder ejecutivo elevó un proyecto de ley universitaria, sancionada como Ley 13031 el 9 de octubre de 1947, donde se señalaba que los profesores y los alumnos no debían, bajo ningún motivo, actuar directa o indirectamente en política invocando su carácter de miembros de la corporación universitaria: “... A ellos no los han puesto para dirigir el país ni para dictar doctrina (...) Si quieren hacer política que vayan al comité y no a la Universidad...”⁹

⁶ Algunos de los profesores afectados por estas medidas fueron E. Ravignani, J. Canter, R. Caillet Bois, Fernando Márquez Miranda, Francisco de Aparicio y Mariano de Vedia y Mitre. Para un análisis más completo de las renuncias y cesantías en la Facultad de Filosofía y Letras puede consultarse: P. Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras* (Buenos Aires: Eudeba, 1997), especialmente los capítulos XI-XII.

⁷ El caso de los antropólogos era particularmente acuciante ya que sin subvenciones no podían emprender sus viajes de campaña o trabajo de campo en sitios alejados de las grandes urbanizaciones, y equipados con todos los enseres y víveres para acampar y transcurrir la temporada.

⁸ M. Plotkin sostiene a propósito de los intentos fallidos de crear una “cultura peronista”: “... El problema es que Perón no sólo carecía de una política cultural consistente, sino que el papel que pretendía asignar a los intelectuales dentro de su régimen también conspiraba contra el surgimiento de pautas culturales alternativas. En sus esfuerzos por ‘organizarlo todo’, Perón intentó organizar a los intelectuales...”, en *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista 1946-1955* (Buenos Aires: Ariel, 1994), 57-58.

⁹ Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo (Perón – Gache Piran) presentado el 5 de marzo de 1947, en *Diario de Sesiones, Cámara de Diputados, Congreso Nacional, República Argentina*, T. X (1946), 465-475.

Quienes desempeñaban sus actividades en las universidades y otras instituciones del mundo de la cultura eran, según Perón, "...Factores esenciales de la grandeza espiritual y aún de la riqueza material de la Nación...",¹⁰ siempre que desarrollaran su labor dentro de los márgenes establecidos por el gobierno, sin contradecir los dictados de la "doctrina peronista".¹¹

Así, para 1948 los profesores de todas las categorías debieron fijar su lealtad al régimen llenando una ficha de afiliación al Partido Justicialista, trámite que se gestionaba en las facultades presentando dos cartas de referencia, no necesariamente de académicos, sobre las cualidades honorables del candidato. Estos requisitos pretendían no tanto constatar la pertenencia al partido, sino asegurar, en forma algo burda pero frecuente para entonces en el dominio de la administración pública, el apoyo al gobierno y el engrosamiento de las filas peronistas. De quienes accedían al requisito, dejando a un lado "los principios", la mayoría entendía que la afiliación era un mecanismo puramente formal para conservar un puesto en la universidad y garantizar sin mayor compromiso de reciprocidad, una carrera académica.

Desde 1950 y coincidiendo con la llegada de Méndez San Martín al Ministerio de Educación, se profundizaron las tendencias al adoctrinamiento desde el sistema educativo. El gobierno hizo un esfuerzo por "peronizar" a la sociedad utilizando los canales que la educación ponía a su disposición como una maquinaria de propaganda. Este esfuerzo, quizá más visible para alumnos y docentes en la educación primaria y secundaria, también alcanzó a las universidades. El mayor control se cristalizó en 1954 cuando se sancionó una nueva ley universitaria, la 14297, que dejó sin efecto la mencionada Ley 13031. Según esta nueva norma, el Estado tenía potestad no sólo para intervenir en sus cuestiones administrativas (capacidad que ya le había sido conferida por la Ley de 1947), sino además para fijar las líneas generales de las materias. La inclusión de cursos obligatorios sobre la Constitución de 1949 y la Doctrina Nacional en las universidades fue la materialización de dicha orientación.

Este atrozamiento político y académico de la autonomía universitaria exacerbó la predisposición de buena parte de los profesores – tanto de quienes se habían retirado como de quienes habían permanecido – en contra de cuanto procediera de la esfera oficial. Ni bien triunfó la llamada "Revolución Libertadora" en septiembre de 1955, esa reacción ocupó la universidad. En octubre, el rector-normalizador de la UBA José Luis Romero nombró interventores para cada facultad. Sus primeras acciones debían estar orientadas a "desperonizar" la institución. Un decreto del Gobierno Nacional "pasó a comisión", es decir, dejó en suspenso, los nombramientos de todos los auxiliares y docentes de las universidades. Otro llamaba a concurso de títulos y antecedentes para todos los cargos

¹⁰ Decreto 15.484 del 28/05/1948. Creación de la Junta Nacional de Intelectuales.

¹¹ En varios discursos de Perón aparece esta idea, sobre todo en aquéllos relacionados con la Junta Nacional de Intelectuales. Aún cuando no lo expresara en esos términos, sí se refería a la grandeza nacional y a los factores que contribuían a su realización. Como en su discurso la "grandeza de la nación" y la "causa nacional" estaban asociadas a la causa y a la doctrina peronistas (ya que el peronismo encarnaba a la nación y al pueblo mientras que la oposición a la oligarquía cipaya), los intelectuales servían a la nación sólo si adherían con la causa peronista.

disponibles, y un tercero reincorporaba a quienes habían renunciado o habían sido exonerados entre 1943 y 1947.

A su vez, la aplicación de estos decretos significó la cesantía y la renuncia de un vasto grupo de docentes por apoyo manifiesto a las actuaciones del régimen depuesto, entre las que el aval a la reforma de la Constitución de 1949 y a la entrega del Doctorado *Honoris Causa* ocuparon un lugar central. Este mismo criterio se aplicó para dictaminar en los concursos docentes, en los que contaba, como “apoyo explícito”, tanto el posicionamiento doctrinario como la gestión del trámite de afiliación que, como vimos, no solía tener otro fin que el de preservar el trabajo. Y es que en el fragor antiperonista no había lugar para los matices, eliminados decididamente por la Federación Universitaria Argentina – de firme convicción radical y comunista –, proscripta por Perón y ahora erigida en supervisora de la “limpieza”.¹²

¿Cómo trascendieron estos climas en el mundo aparentemente sereno y ecuánime de las revistas académicas? ¿Mellaron su legitimidad y calidad académica? ¿Mancharon la prosa de sus intelectuales con los apremios de la coyuntura?

Publicaciones viejas, nuevas e innovadas

La revista *Logos* era la publicación de la Facultad de Filosofía y Letras desde 1942. Creada bajo el decanato de Coriolano Alberini y la dirección del hombre de letras Angel Battistessa, debía reflejar el trabajo que se producía en las distintas especialidades que se dictaban en la facultad: Filosofía, Letras e Historia. Se editaron 8 números de manera continua hasta que en 1946 el interventor E. Françoise dispuso su cierre, volviendo a la luz ya de manera discontinua en 1951 (número 9) y en 1954 (número doble 10-11). En 1972 se reanudó aunque de manera irregular hasta 1981.

Battistessa renunció en 1953 argumentando serios problemas presupuestarios que atentaban contra la regularidad de la publicación. Su nuevo director, Miguel Angel Virasoro, reestructuró las secciones previas -Artículos, Textos, Notas y comentarios, y Reseñas bibliográficas- en las tres disciplinas vertebrales de la Facultad. El nuevo cuerpo de la revista empezó a incluir entonces los apartados de Filosofía, Historia, Letras, además de Notas y comentarios, y Reseñas Bibliográficas.

La Comisión Consultiva del volumen del año 1951, que marcaba la reaparición de la

¹² Esta afirmación podría ser matizada, pues hubo casos en los que haber desempeñado cargos durante el período peronista no fue obstáculo para seguir ejerciéndolos después de 1955. Un ejemplo fue Ricardo Levene, historiador que desempeñó varios cargos durante el peronismo (profesor y director del Instituto de Historia del Derecho de la Facultad de Derecho de la UBA, director del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires y de la Comisión Nacional Revisora de Libros de Texto de Historia y Geografía, entre otros) y los conservó luego de su caída. Lo mismo sucedió con Salvador Canals Frau, quien fuera director del Instituto Étnico Nacional durante el peronismo y tras 1955 fuera nombrado director del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras. La mayoría de los profesores de antropología quedó en funciones, salvando a los directores del Instituto de Antropología, José Imbelloni, y del Instituto de Arqueología, Casanova, quienes dimitieron apenas enterados de la intervención.

revista tras cinco años de ausencia, estaba integrada por C. Alberini, Alberto Freixas, director de la Sección de Historia Antigua y Medieval, y Francisco Nóvoa, el vicedecano. La Comisión de 1954 era bastante más amplia, y la integraban seis personalidades, algunos de ellos directores de institutos o secciones de la Facultad, como Eduardo Casanova de Arqueología, Freixas de Historia Antigua y Medieval, Juan C. Probst de Literatura Alemana, y Juan C. Zuretti del Instituto de Historia de la Educación.

El *Boletín del Instituto de Sociología* fue, hasta 1956, la única publicación que editó el Instituto de Sociología. Éste dependió sucesivamente de la sección de Historia y luego de la sección de Filosofía de la Facultad, ya que en 1956 se creó la licenciatura en sociología como carrera. En las décadas de 1930-1950, el Instituto y la cátedra de sociología estuvieron estrechamente vinculados con el área de historia, y sus miembros eran reclutados entre los cultivadores de esa disciplina. Ricardo Levene, historiador y caso paradigmático en este sentido, dirigió su publicación hasta 1947.¹³

Hasta ese año, el *Boletín* se publicó anualmente de manera ininterrumpida. Volvió a editarse en 1952 y hasta 1954 fue dirigida por Rodolfo Tecera del Franco quien, como Levene en el período anterior, dirigía al mismo tiempo el Instituto de Sociología. Este fenómeno era habitual en áreas como Historia y Ciencias Antropológicas, donde coincidían los cargos de director del instituto y de su publicación, dando cierta coherencia a la concepción que unía dirigir y pertenecer a una especialidad. Según reflejan las páginas del *Boletín*, priman los artículos sobre la enseñanza de la sociología y los que revelan la labor de institutos similares en América; también hay textos sobre historia de las ideas y semblanzas de sociólogos americanos. Pocos artículos presentan resultados de investigaciones empíricas, y cuestiones metodológicas o teóricas derivadas de la investigación, revelando un trabajo más cercano a la llamada “sociología de cátedra”, abocada a la historia y al análisis de las instituciones y de las ideas sociales, que al que actualmente entendemos como propio de la sociología.¹⁴

Entre 1952 y 1954 se publicaron tres números, pero a diferencia de los anteriores (Nº 1 al 5) su contenido no presentaba artículos de investigación, bibliografías, estudios de sociólogos argentinos y americanos, sino las ponencias al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología de 1951 realizado en Buenos Aires. Su presidente Alfredo Poviña, había dirigido el Instituto de Sociología desde 1948 hasta 1952, es decir, entre la gestión de Levene y la de Tecera, cuando el *Boletín* no se publicó.

¹³ En diciembre 1947, obligado por las directivas que la nueva ley universitaria imponía a sus docentes sobre la concentración de cargos en una única unidad académica, renuncia a sus cargos en la Facultad de Filosofía y Letras, optando por mantener los cargos que poseía en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.

¹⁴ Para un análisis del Instituto de Sociología en este período puede consultarse H. González Bollo, *El nacimiento de la Sociología empírica en la Argentina: El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 1940-1954* (Buenos Aires: Ed. Dunken, 1999) y D. Pereyra, “Cincuenta años de la carrera de sociología. Algunas notas contra-celebratorias para pensar la historia de la sociología en la Argentina,” *Revista Argentina de Sociología*, Año 5, Nº 9 (2007): 153-159. Ambas investigaciones, a partir del análisis de las actividades desplegadas desde el instituto por sus miembros y de los proyectos de investigación desarrollados en los cuarenta, retrotraen la difusión de algunos elementos de la sociología empírica a ese momento.

Volvió a editarse en 1957 como *Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología*, bajo la dirección de Gino Germani, ya al mando de una licenciatura y de un departamento. El nuevo formato de la publicación era un tomo anual organizado en cuadernos bimestrales, concebido como material auxiliar para el dictado de las materias de la flamante carrera proyectada en 1956 e iniciada en 1957. Por eso, la mayor parte de los cuadernos contenía traducciones de obras o artículos de sociólogos extranjeros, casi todos norteamericanos, cercanos a la orientación funcionalista y estructural-funcionalista de Talcott Parsons y Robert Merton.¹⁵ La abundancia de traducciones contrastaba con unos pocos artículos que comunicaban los resultados de las investigaciones encaradas en el nuevo período por los miembros del Instituto y por los profesores de las asignaturas (Gino Germani, Carlos Erro y Eliseo Verón).

El viraje respondía, claramente, a la intención de innovar en las perspectivas y abordajes teóricos de la sociología, difundiendo áreas problemáticas (liderazgo, sociedad campesina, consumo, sindicalismo y resistencia al cambio), teorías (funcionalismo pero también estructuralismo, fenomenología y marxismo) y metodologías (preferentemente cuantitativas) caras a lo que Germani consideraba una “sociología moderna”. Su difusión estaría asegurada por los numerosos alumnos de la licenciatura y, además, por las asignaturas de sociología que empezaban a radicarse en las universidades del interior del país, particularmente en La Plata, Rosario, Córdoba y Tucumán. A ello debe sumarse la estrecha vinculación que Germani proponía con algunos grupos del Departamento de Historia, con las flamantes carreras de Psicología y Ciencias de la Educación y con la antropología social, que no se impartía en el Departamento de Ciencias Antropológicas.

El *Boletín del Instituto de Historia Argentina* era la publicación institucional del Instituto de Historia Argentina del Departamento de Investigaciones Históricas. Su frecuencia fue anual, excepto entre 1928 y 1932, y entre 1936 y 1937, en que fue semestral. Hasta la irrupción del peronismo gozó de gran regularidad y formaba parte de una empresa editorial más amplia de su director, Emilio Ravignani, que incluía la edición de fuentes inéditas para la historia argentina y los resultados de las investigaciones del grupo de historiadores agrupados en el Instituto. Comenzó a editarse en 1923, y hasta 1947 se publicaron veintinueve tomos, cada uno conteniendo más de un número. En 1947 se publicó el tomo correspondiente a julio 1944-junio 1945, que según el orden debía haberse publicado dos años antes.

En 1956 y tras un *impasse* de casi diez años, el *Boletín* volvió a editarse bajo la dirección de Ricardo Caillet-Bois – discípulo de Ravignani, reincorporado a la Facultad como director del Instituto de Investigaciones Históricas y de una de las cátedras de historia argentina –, con el agregado de “2da serie” para diferenciarlo de la misma publicación en el período anterior, pero a la vez marcando su deuda intelectual. Dicha publicación se sucedió en forma ininterrumpida hasta los años setenta. Sus artículos y secciones no diferían sustancialmente en su forma y contenido de la primera época. Se incluían Artículos Originales, Relaciones Documentales, Información General y Galería de Historiadores. La

¹⁵ Cfr. los tomos X-XI-XII de *Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología* publicados entre 1957 y 1959.

mayoría de las contribuciones estaba volcada a la historia política y de las instituciones correspondientes al período colonial y a la primera mitad del siglo XIX. La hegemonía de las formas tradicionales de hacer y concebir la historia consolidadas en los años treinta no sufrió grandes alteraciones ni con la irrupción del peronismo ni tras su expulsión, por lo menos hasta principios de los años sesenta. Los aires de renovación teórica, temática, metodológica y de figuras destacadas que soplaban en las nuevas licenciaturas de sociología, educación y psicología no lograron cristalizar plenamente en el área de historia en esos años. En este sentido, es interesante señalar que el ámbito de renovación por excelencia de los estudios históricos en este período, la Cátedra de *Historia Social* a cargo de J. L. Romero, fue incluida en 1958 como una materia de la novel carrera de sociología, lo mismo que el Seminario de *Historia Social Especial* dictado por T. Halperín Dongui. Recién un año más tarde fueron incorporadas al plan de estudios de la carrera de Historia.

Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre fue lanzada en 1948 por José Imbelloni, flamante director del Instituto de Antropología, de quien pasó a depender el Museo Etnográfico en cuya sede funcionaba aquel Instituto.¹⁶ Allí se hacía investigación y se dictaban asignaturas de algunas de las carreras de la facultad. *Runa* reemplazaba a *Publicaciones del Museo Etnográfico* como la vitrina desde donde exhibir las actividades del Museo y las reflexiones de sus invitados argentinos y del extranjero – particularmente del centro europeo, de Francia y de otros museos iberoamericanos. Como revista de “Ciencias Antropológicas”, *Runa* incluía la Antropología Morfológica (Física), la Arqueología, la Etnología, el Folklore y la Lingüística. En su presentación, el director justificaba la creación de *Runa* ya que la Argentina “...desde más de setenta años viene trabajando con mayor empeño en esta rama del saber, ya sea manteniendo cátedras y fundando institutos en sus universidades, ya editando tratados y monografías, ya organizando museos...”.¹⁷

Runa estaba organizada en volúmenes divididos no en números sino en dos partes. Entre 1948 y 1959 se publicó un promedio de un volumen anual (1948-1951 y 1956) o bianual (1953-1954, 1956-1957 y 1958-1959) para luego espaciarse en forma irregular hasta la actualidad. No apareció en 1955, ni en los períodos 1959-1967, 1970-1976 y 1980-1984. Sus secciones eran variadas, contando con artículos de fondo hasta de ochenta páginas, reseñas bibliográficas de las más diversas procedencias (América y Europa occidental, central y oriental), noticias y congresos, con información acerca del devenir de las investigaciones realizadas por miembros del Museo. En 1955 la conducción de *Runa* pasó a Salvador Canals Frau, nuevo director también del Instituto de Antropología. En 1959, año de su muerte, le sucedió el nuevo director del mismo Instituto, el etnólogo Enrique Palavecino, quien al fallecer en 1966 fue reemplazado por Marcelo Bormida, discípulo de Imbelloni y de presencia conspicua en varios números. Bormida dirigió la

¹⁶ Esta denominación era significativa porque derivaba del tipo humano llamado en quechua Runasimi por los Incas y, además, porque buscaba equipararse a las academias centrales europeas, cuyas revistas tenían títulos referidos a la especie humana: la británica *Man* y la vienesa y luego suiza *Anthropos*. Imbelloni tenía expectativas de extraordinaria grandeza para la institución y la publicación, que se pusieron de manifiesto cuando Gordon Willey fue a visitar el Museo. Como ninguno de los dos sabía el idioma del otro, González era su intérprete, aunque prefirió resignar su función cuando Imbelloni quiso comunicarle al visitante que “*Desde aquí* (señalando su escritorio en el Museo) *iluminamos América*”.

¹⁷ J. Imbelloni, “Cuatro palabras,” *Runa. Revista de las Ciencias del Hombre*, vol. I, (1948): 5.

publicación hasta su propia muerte en 1978, salvo el breve intermedio de 1973-1974.

Dado que la línea teórica dominante en Ciencias Antropológicas fue, desde el reinado de Imbelloni, la Americanística y la Escuela histórico-cultural de los Círculos Culturales de Viena, y que sus desarrollos teóricos subsiguientes fueron endógenos a quienes integraron el Instituto, *Runa* observó una extraordinaria continuidad teórica, temática y metodológica. En esta continuidad, sin embargo, se observaron algunas modificaciones, no tanto porque, salvo menciones aisladas en poquísimas reseñas bibliográficas, la antropología británica siempre resultó excluida de su corpus principal, sino porque en sus páginas creció el espacio ocupado por la etnología y decreció, hasta desaparecer, la antropología “Morfológica”, luego llamada “Física” y más tarde “Biológica”.

Cuatro vías para afrontar la crisis

Los cambios políticos acaecidos con el cruento golpe de 1955 impactaron seriamente en las universidades argentinas, y particularmente en la de Buenos Aires. Las Facultades se resintieron en distinta medida de estos cambios, que devolvían profesores exonerados en 1947 y expulsaban a los comprometidos con el régimen depuesto, siempre bajo la estricta vigilancia de las delegaciones estudiantiles. ¿Cómo expresaron las revistas, los órganos de comunicación pública del quehacer intelectual universitario, este fin y reinicio? ¿Cómo se asentaron en la transición? ¿Cómo ajustaron cuentas – y quiénes lo hicieron – con la historia reciente?

Para responder a estas preguntas consideraremos los siguientes criterios: primero, la referencia más o menos explícita de la dirección – a través de los editoriales y la conformación de su consejo consultivo – y de los colaboradores – mediante sus artículos – a la posición política afín o contraria a los hechos de la política nacional y universitaria; segundo, el cese de la publicación identificada con uno u otro signo político y, como aludiendo a ello, el cambio de nombre o los agregados señalando que se abre una nueva etapa (p.ej., segunda época); tercero, la recuperación ostensible de ciertas personalidades caídas en desgracia bajo el peronismo o tras su derrumbe; cuarto, el giro ostensible del tipo y tono de los artículos publicados, el origen de los autores y sus alineamientos teóricos. En las páginas que restan atenderemos a cómo estos criterios emergen en las cuatro revistas de la Facultad de Filosofía y Letras.

Pese a que en uno u otro punto de la historia argentina, desde 1947 hasta los años sesenta, sus directores son explícitos, aún tácitamente, acerca de las turbulencias políticas y su incidencia en el mundo académico, las revistas ponen de manifiesto estos cambios desde otras lógicas que, además, no son homogéneas pese a tratarse de publicaciones de la misma Facultad. Del análisis de estos materiales a través del tiempo, resulta que la coyuntura crítica de 1955-1957, por las transformaciones que introdujo en el ámbito institucional, en el plantel docente y en la vida académica en general, montada sobre otra coyuntura crítica que introdujo las divisorias de la política nacional en la organización universitaria, se refleja sólo ocasionalmente en los contenidos y en las autorías. Las manifestaciones de

voces a favor o en contra de estos cambios en el nivel general y en el nivel universitario están prácticamente ausentes.

El criterio más ostensible de la ruptura institucional en las revistas es su discontinuidad. A ella se refieren los pronunciamientos, los cambios de título – incluso parciales –, y los giros en los contenidos.¹⁸ Sin embargo, no siempre las ausencias están delimitadas por los períodos políticos nacionales.

En cuanto a los pronunciamientos, la dirección de la revista alude a la reaparición, que denuncia una discontinuidad previa, como una nueva apuesta por la visibilidad de la calidad académica. Las razones esgrimidas para justificar la ausencia suelen ser las dificultades presupuestarias y el alejamiento o muerte del director. La intrusión de la política nacional no emerge como argumento justificatorio salvo a través de ciertos términos que resuenan críticos sólo para los involucrados.

Después de su número 10-11, correspondiente a 1954, *Logos* regresó en 1972. Entre 1954 y 1972 hubo dos golpes militares y dos gobiernos democráticos vigilados por las Fuerzas Armadas. El tono común del período fue, desde 1955, el antiperonismo. En *Logos*, ya bajo la dirección de Arturo Cambours Ocampo, el decano Antonio E. Serrano Redonnet escribía, en la nota editorial *Advertencia*, una brevísima historia de la revista con sus sucesivos directores y la exaltación de su perfil humanista:

...Bien sé, y así lo he sostenido siempre, que nos cabe como universitarios, la defensa denodada de la libertad. Por ello no he vacilado en decidir, una vez más, con renovada esperanza, que *Logos* continúe discurriendo en el tiempo; por si éste acuerda siempre el arbitrio ético de obrar en plenitud de libertad de conciencia y de disciplina universitaria; a pesar, justo es reconocerlo, de los inevitables y antiacadémicas interferencias, y de los conflictos ideológicos o morales de esta época que nos ha tocado vivir. /.../ Aspiro conmovido a que esta resurrección de *Logos*, tan promisorio, se guíe por el emblema que fue compuesto, hace dos décadas, para exaltar—como hacían los antiguos—el limpio derrotero de esta casa de altos estudios: PATRIAE DECUS ROBUR INGENI...¹⁹

La coyuntura de 1972 está en diálogo con las “Palabras Liminares” del director de *Logos* en 1954, Virasoro, “mi inolvidable y leal amigo” según Redonnet. Por entonces, Virasoro expresaba, lamentándolo, otro suceso probablemente fundado en diferencias políticas: la renuncia de Battistessa a la dirección de la revista. Virasoro advertía que:

...En concordancia con los principios de su fundación, *Logos* intenta ahora constituirse en órgano de la conciencia nacional, orientado a la realización de lo argentino, y a la indagación y revelación del mensaje ontológico que la argentinidad, como toda forma espiritual nueva, está destinada a anunciar y encarnar en el escenario de la historia. /.../ *Logos* deberá negarse a ser una mera recopilación de firmas famosas, un receptáculo de pensamientos ultramarinos, para asumir con plena conciencia el único rol... llegar a ser ‘progresivamente’ no ya una publicación de la Facultad, sino el intérprete y el vocero de la misma, en cuanto nuestra Facultad, por su naturaleza y función específica está destinada a constituirse en la conciencia lúcida y rectora de

¹⁸ G. Steinbach, “En torno de la sobrevivencia de las revistas científicas argentinas,” *Desarrollo Económico*, 39 (1999): 478-480. R. Guber, “Avá. Una nueva revista argentina de Antropología,” *Avá*, 3 (2001): 7-14.

¹⁹ E. Serrano Redonnet, “Advertencia,” *Logos*, 12 (1972): 3.

la argentinidad...²⁰

La apelación a términos tales como “argentinidad”, “conciencia nacional”, “realización de lo argentino”, y la denostada figuración de “firmas famosas”, posiciona a la revista en otra clave diferente a la del clasicismo cultivado en “la torre de marfil”. Por eso, Redonnet enfatiza el humanismo clásico que subyace al aporte que él imagina para la Facultad, y el respeto por la “libertad” que, en buen romance, invoca un valor negado por la “tiranía” peronista. En esta nueva etapa de los setenta, la revista volvía a su anterior estructura de textos agrupados ya no por especialidad, como en tiempos de Virasoro, sino por un tema convocante y sobre el cual se pronunciarían literatos, folklorólogos, historiadores, geógrafos y filósofos. El volumen de 1972 rendía homenaje a la primera edición de la primera parte del *Martín Fierro* de José Hernández.

El *Boletín de Historia Argentina* reapareció, una década después de su último número, en diciembre de 1956, como “2da Serie”, y agregaba al título “Dr. Emilio Ravignani”, maestro del nuevo director del Instituto de Historia Argentina, Ricardo Caillet-Bois, otro exonerado por el peronismo. En su nota editorial, también titulada “Advertencia”, señalaba que:

...El Boletín del Instituto no será una ‘Tebaida’. Procuraremos aumentar nuestra vinculación con personas e instituciones similares (...) El Instituto vuelve a tener abiertas sus puertas para todo aquél que tenga como único norte el estudio sereno, desapasionado y la búsqueda de la verdad histórica...²¹

El editorialista apelaba a los saberes de sus lectores, diestros e iniciados en historia antigua, afirmando que el *Boletín* no se convertiría en un campo de batalla entre hermanos por razones políticas,²² aunque a continuación señalaba que “...Todos los recursos pacientemente obtenidos por el entonces Director para costear la publicación de las distintas series, hoy ya no existen...”.²³ Deploraba así la pérdida del presupuesto y de los recursos materiales con que había contado Ravignani en una época ponderada por su prestigio, calidad y buena administración. ¿Habrían sido dilapidados? ¿Acaso sus autoridades no habían estado a la altura para defender el lugar – y por lo tanto el presupuesto – de la publicación? Las cuestiones financieras se unían a una nueva advocación por la libertad, sólo ajustada al criterio de la estatura académica.

En ese mismo número, en un comentario citado en la sección “Información General” sobre la novel revista *Historia*, publicación trimestral de historia argentina, americana y española, dirigida por Raúl Molina e iniciada en 1955, Caillet Bois advertía que:

²⁰ E. Virasoro, “Palabras Liminares,” *Logos*, 10-11 (1954): 2.

²¹ R. Caillet Bois, “Advertencia,” *Boletín del Instituto de Historia Argentina Dr. E. Ravignani*, Año I, T. I. (2da serie), N° 1 (1956): 1

²² La “Tebaida” refiere al mito griego que narra el intento de retomar el poder por parte de un rey desterrado, Polinices, hermano del rey gobernante Eteocles. Estos dos hijos de Edipo debían sucederse en el trono, cosa que hicieron hasta que Eteocles echó a su hermano. Aliado con el rey Adastro de Argos, y con cinco generales más, Polinices sitió las siete puertas de Tebas. El combate, comandado desde la ciudad invadida por Creonte, dio la victoria a Tebas. En la batalla los dos hermanos se dieron muerte recíprocamente, tal como lo había prevenido el Oráculo de Delfos.

²³ R. Caillet Bois, “Advertencia,” *Boletín del Instituto de Historia Argentina Dr. E. Ravignani*, 1.

...Se notaba la falta de una revista de este tipo, máxime cuando no se editaban ni el Boletín del Instituto ni el de la Academia. Sólo Humanidades de La Plata aparecía con intermitencias. Es decir que Historia surgió en una etapa espacialísima de nuestra cultura, en momentos en que el estudioso del pasado histórico no tenía dónde publicar el fruto de sus inquietudes...²⁴

La ausencia de revistas en el campo historiográfico se convertía, de hecho, en un modo de cercenar la legitimidad y el crecimiento de los historiadores, cuyo *métier* se concentraba generalmente en el dictado de clases (fuera de la Universidad si habían sido expulsados) y en hacer investigación sin una parte importante de sus vitrinas de exposición.

Cuando en 1952 el *Boletín del Instituto de Sociología* retomó su publicación tras cinco años de ausencia (desde 1947), se limitó a editar las actas de un congreso, sin convertir a la revista en un órgano de expresión de las ideas políticas, sociológicas y filosóficas de las nuevas autoridades. Desde 1955, cuando volvió a circular, aludía sólo de modo general a su espaciada presencia durante la década peronista. Sin embargo, y a diferencia de otras revistas, este Boletín mostraba un cambio decisivo: agregaba el prefijo de *Cuadernos* que lo reubicaría en los listados alfabéticos de las bibliotecas, aunque respetando alguna continuidad con la vieja publicación de la cual retenía el resto del título. También modificó su formato y su dirección, y más notable aún, sus contenidos. Dado que los *Cuadernos* no se proponían volver a las viejas orientaciones, sino a modernizar el campo de la sociología junto con la creación de la nueva licenciatura, la revista se dirigía a un público estudiantil, fundando su liderazgo renovador en las ciencias sociales, ya no humanísticas, de Filosofía y Letras. *Runa* es el caso inverso. Preservó el formato, el sentido, la orientación teórica, el público y el título. Sólo renovó su dirección, aunque bajo el mismo dominio histórico-cultural.

En suma, las cuatro revistas seleccionadas presentan cuatro modos distintos de recepcionar los cambios político-institucionales nacionales y universitarios. El *Boletín del Instituto de Historia Argentina* fue el único que no apareció durante todo el período peronista. *Logos* revelaba una progresiva discontinuidad desde 1947 hasta desaparecer definitivamente en 1981. *Runa* fue la de mayor continuidad, mientras que el *Boletín de Sociología* puso de manifiesto los cambios más radicales. Sin embargo, en ningún caso, los nuevos directores de estas revistas se pronunciaron abiertamente sobre el signo político del gobierno depuesto en 1955. Esta disposición podría obedecer a la necesidad de una “convivencia medianamente civilizada” en el interior de la Facultad, habida cuenta que desde 1946 se fue modificando la composición de los docentes (por renunciadas, exoneraciones, nuevas incorporaciones y reincorporaciones posteriores) de un modo irreversible. Esto hacía que un ajuste de cuentas con el pasado inmediato fuera mucho menos factible que en otras instituciones cuyo funcionamiento se había paralizado con el peronismo y que fueron restablecidas con su composición original tras 1955. Pero mientras esta afirmación necesitaría de investigaciones adicionales, sí es claro que una retórica elusiva de “la política nacional” por parte de personalidades exoneradas, viene a confirmar la necesidad de prescindir de la interferencia de lógicas extra-académicas.

²⁴ R. Calliet Bois, “Información general,” en *Ibid*, 298.

Ahora bien, este tono prescindente y alusivo sólo para los involucrados en los avatares políticos, se modifica cuando vemos que desacuerdos, disidencias y conflictos político-institucionales aparecen claramente expuestos en publicaciones de instituciones que eran parte del campo académico, pero no publicaciones orgánicas de la Facultad. Llamativamente, estos órganos solían compartir las mismas voces, los mismos editorialistas y los mismos autores con las revistas de la universidad, y en algunos casos hasta se representaban en instalaciones de la Facultad.

La Sociedad Argentina de Antropología, creada en 1937 como la primera entidad argentina destinada a agrupar antropólogos, arqueólogos y geógrafos bajo un mismo sello de orden académico, funcionaba en el mismísimo Museo Etnográfico e incluía a Imbelloni como uno de sus miembros, agrupaba expertos de todo el país y del exterior, aún de la prestigiosa Sociedad francesa de Americanistas. Tenía dos publicaciones: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, que contaba con extensos artículos de fondo; y el *Boletín*, con uno o dos artículos de actualidad antropológica y la valiosa sección de noticias que informaba sobre movimientos de expertos, hallazgos y viajes de prospección y campañas, otras publicaciones y novedades institucionales y político-académicas. Ni *Relaciones* ni el *Boletín* se publicaron entre 1947 y 1956. Al retomar su trayectoria, un editorial a cargo de Márquez Miranda, exonerado por el peronismo, advertía los motivos, no sólo financieros, de tal ausencia: con un impersonal “se” hacía constar que la interrupción de la subvención universitaria obedecía a que se la consideraba “carente de interés para el desarrollo de la cultura argentina”.²⁵

Era claro que las disidencias de Márquez Miranda no eran teóricas, pues sus artículos coincidían con la orientación que prevalecía entre los arqueólogos del Museo. Pero su regreso y puesta a cargo de la Sociedad y de la asignatura de la Universidad de Buenos Aires de la que fuera titular hasta 1947, mostraban en aquel “Prefacio” una divisoria que se había convertido en, y era ya reconocidamente, política. El ahogo financiero de la Sociedad y la subsiguiente falta de interés no eran cuestiones sólo académicas, y es imposible no ver el decurso de las revistas antropológicas en términos más generales: *Runa* venía de hecho a ocupar el lugar de *Relaciones*, como revista propiamente antropológica del Museo Etnográfico. Márquez Miranda y otros recién llegados a la Facultad desde 1956 publicarían en *Runa* y el carácter de ésta no sería muy diferente del de *Relaciones*, aunque con el tiempo *Relaciones* se volvería cada vez más arqueológica y *Runa* más etnológica.

En el área de Historia, la dirección y los académicos que formaban parte de la Academia Nacional de la Historia y editaban su *Boletín* anual, fueron los mismos antes, durante y después del peronismo.²⁶ Pero el reestablecimiento del “normal” funcionamiento

²⁵ F. Márquez Miranda, “Prefacio,” *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (1956): 1

²⁶ Desde las primeras décadas del siglo XX, la Junta de Historia y Numismática funcionó como órgano de referencia y consulta de los poderes públicos en todos aquellos temas vinculados a lo histórico: acción de los próceres, conmemoraciones, actos públicos, lugares y fechas históricas, carácter auténtico o apócrifo de los documentos. En 1938 se la eleva al rango de Academia Nacional de la Historia. La llegada al poder del Gral. Perón en 1946, no introdujo modificaciones de envergadura - por lo menos hasta los años 50s.- en las actividades de la ANH, aún cuando algunos de sus miembros pudieran haber tenido problemas personales con el gobierno durante estos años y la Academia en general no tuviera el espacio de antaño en ceremonias y

de las Academias llevado adelante por la Revolución Libertadora a partir de 1955, que venía a cerrar el hiato iniciado con la intervención peronista en estas instituciones en los primeros años de la década de los cincuenta, quedó plasmado en las páginas del reeditado *Boletín* a partir de 1956.

Así, por ejemplo, en el primer número post-peronista, si bien no hay ningún editorial ni artículo de fondo sobre el tema, las primeras treinta y cinco páginas están dedicadas a reproducir el Decreto Ley de 1955 que restableció el funcionamiento de las Academias Nacionales y el acta de la Sesión Extraordinaria de la Academia realizada en la sede del Ministerio de Educación para elegir a sus nuevas autoridades. En la transcripción de la reunión que se volcó en este acta, se destaca que los señores académicos aplaudieron con énfasis las palabras del Ministro Atilio Dell' Oro Maini cuando expresaba que:

... uno de sus primordiales propósitos, al hacerse cargo del ministerio, ha sido el de dar nueva vida a estos institutos de la alta cultura, avasallados en su funcionamiento por el gobierno depuesto, y que ha de proseguir en esta finalidad disponiendo se asignen los medios para que cada uno de ellos pueda desarrollar su acción específica con toda independencia a la brevedad (...) permitiéndole [a la Academia Nacional de la Historia] no sólo reanudar esa loable empresa, sino recuperar, dentro de lo posible, el ritmo que debió suspenderse durante los tres últimos años...²⁷

En un conjunto de artículos que se compilaron y publicaron en 1961, como el Tomo I de las *Obras Completas de Ricardo Levene*, algunos académicos aprovecharon para ajustar cuentas con el peronismo. Atilio Cornejo, académico de número de la Academia Nacional de la Historia, reflexionaba a propósito de dos obras de Levene reeditadas en 1949 que "...No se explica cómo no cayeron en el index tales conceptos, aunque quizá fuera porque también la ignorancia no puede comprenderla...".²⁸ Planteaba así que la censura habitual durante "la tiranía" de Perón debió haber callado esta obra. Como no lo había hecho, seguramente no se trataba de un mérito democrático, sino de puro desconocimiento del régimen. En el mismo sentido el académico Carlos Heras se pronunciaba sobre las tareas desempeñadas por la Academia Nacional de la Historia en los años cincuenta: "...Desgraciadamente el ritmo de esta labor se vio interrumpido por el inconsulto decreto de octubre de 1952 sobre intervención a las Academias. Por fortuna para la cultura del país el acto de fuerza solo acarreó una interrupción de la tarea...".²⁹

Las cuatro revistas universitarias analizadas delimitan un espacio donde se dan cita las conformaciones académicas de los institutos y las líneas de trabajo de una institución

fiestas públicas. Sin embargo, la relación entre el peronismo y las Academias Nacionales nunca fue fluida. Algunas más firmemente, otras más veladamente; algunas más académicas, otras más políticamente, la gran mayoría fueron – junto con las universidades - bastiones de resistencia al avance del peronismo. La intervención de las Academias Nacionales instrumentada a partir del decreto N° 7.500 del 30/09/1952 cambió drásticamente este orden de cosas, imponiendo casi un cese de funciones hasta fines del año 1955. La Revolución Libertadora por medio del Decreto-Ley N° 4362 puso de nuevo en funcionamiento a las Academias Nacionales.

²⁷ *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, N° XXVII (1956): 33

²⁸ A. Cornejo, "Ensayo sobre la obra de Ricardo Levene," *Obras completas de Ricardo Levene* (Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1961): 184.

²⁹ C. Heras, "Ricardo Levene," *Ibid.*, 78.

que no estuvo en riesgo de desaparición. Más aún: pese a las exoneraciones y a los regresos, y dado que el peronismo no ofreció orientaciones teóricas y metodológicas divergentes con las líneas dominantes hasta entonces, es notable la continuidad que cada especialidad ostentaba en las personalidades que la encarnaban. Sólo Sociología llegaría a introducir una verdadera novedad acorde al paradigma de la modernización, que se dejaría ver en su renovada publicación.

De todos modos, el aldabonazo político nacional de la década peronista dejó en la Universidad una impronta difícil de eludir. Las revistas pondrían de manifiesto su procedencia y lealtad institucional, pero también las marcas divisorias que se profundizarían con los años, cuando el muestrario teórico vendría a politizarse conforme a los avatares de una cada vez más tumultuosa Argentina. Empezó entonces un proceso de reconfiguración de las fronteras entre la política nacional y el saber académico que terminaría por diluirlas, pero ya no sólo por la intervención del Estado, como en 1947, sino también desde la Academia misma.

Profiles

Rosana Guber is a Social Anthropologist, lecturing at the Faculty of Arts in the University of Buenos Aires (Argentina). She holds a PhD from Johns Hopkins University (USA), is involved in research at the National Council of Scientific and Technical Research (CONICET), and is also head of the Centre of Social Anthropology at the Institute for Economic and Social Development (IDES) (Argentina). Since 1994 she has been carrying out anthropological research on Argentine anthropologists, and since 1989 on the memories of the Argentinean protagonists in the Anglo-Argentine war over the Falkland Islands in the South Atlantic.

Martha Rodríguez gives classes at the high school and at the Faculty of Arts in the University of Buenos Aires (Argentina). She holds a Master's in History from the University Torcuato Di Tella (Buenos Aires), and is an active member of the Programme of Research into Argentine Historiography (PIHA) at Dr. E. Ravignani Institute of Argentine and American History (Faculty of Arts, University of Buenos Aires).

Rosana Guber es antropóloga social (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Argentina), doctora por la Universidad Johns Hopkins (USA), investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y directora del Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) (Argentina). Desde 1994 realiza investigaciones antropológicas sobre los antropólogos argentinos, y desde 1989, sobre las memorias de los protagonistas argentinos del conflicto anglo-argentino de las Malvinas e Islas del Atlántico Sur.

Martha Rodríguez es profesora de enseñanza media y da clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Máster en Historia por la Universidad Torcuato Di Tella (Buenos Aires), forma parte del Programa de

Investigaciones en Historiografía Argentina (PIHA) del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani” (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires).

Fecha de recepción: 25 de mayo de 2011

Fecha de aceptación: 5 de septiembre de 2011

Publicado: 31 de diciembre de 2011

Para citar este artículo: Rosana Guber y Martha Rodríguez “Vitrinas del mundo académico: Las revistas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre 1946-1966”, *Historiografías*, 2 (julio-diciembre 2011): pp. 66-84,

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/2/guberyrodriguez.pdf>